

La Pileta (Benaolan, Málaga)

En 1912 fui llamado a estudiar una caverna andaluza de difícil acceso en la sierra de Líbar, no lejos de Ronda (Málaga). En efecto, unos meses antes, había recibido de mi amigo inglés Horace Sandars tres fascículos de una revista inglesa [*The Saturday Review*] que contenía la pintoresca descripción del descubrimiento y de la visita a una gran caverna de la sierra de Líbar por un coronel inglés retirado que se dedicaba al estudio de los pájaros que anidaban en los roquedos: Willoughby Verner.

Gracias a una presentación de Horace Sandars que nos puso en relación, quedamos de acuerdo para una campaña en la primavera de 1912. Nos encontramos en Algeciras el 18 de marzo. Me acompañaban H. Obermaier, P. Wernert y Juan Cabré. Este había descubierto en 1903 las figuras de estilo levantino de Calapatà y yo quería entrenarle en la lectura de las representaciones de las cavernas oscuras. También llevaba las escaleras de cuerda que según el coronel eran necesarias para el estudio de la cavidad. Después de varios días en Gibraltar para comprar diversos elementos necesarios para nuestra exploración o para nuestra subsistencia, el coronel nos llevó a la pequeña aldea de Jimena, estación de ferrocarril de la línea de Ronda, donde había conseguido de la Compañía de los Ferrocarriles de Andalucía el permiso para poder utilizar

una pequeña casa, cerca de la estación, destinada a albergar a los obreros cuando se trabajaba en las vías de las cercanías. Allí organizó los lugares para dormir e instaló una cocina sencilla. También aseguró los medios de ascensión a la cueva, y de descenso a la misma, para todo el tiempo de nuestro trabajo, con la ayuda de arrieros de borricos del terruño. Todo ello fue hecho de una manera notable.

El primer día subió a la cueva con nosotros, lo que representaba unas dos horas de trayecto a lomos de asno y por senderos extremadamente empinados. Nos hizo visitar la cueva para cuya entrada se necesitaban dos escaleras de 20 metros, una para descender a media cuesta de un abismo vertical cuya continuación podía ser bajada a pie entre desprendimientos de cascotes. Esta galería inferior se dividía en varias salas que contenían muchos paneles de signos eneolíticos trazados en negro y, en el suelo, bastantes restos óseos (en parte humanos) y fragmentos de cerámica con frecuencia decorados. En ellas no se encuentra ningún

dibujo naturalista. Volviendo a subir al pie de la primera escalera, después de escalar de nuevo algunos metros de desprendimientos, nos era necesario salvar un picacho de poco menos de 20 metros de altura, infranqueable para nosotros, pero no para Tomás José Bullón, labrador de algunos campos cercanos a una fuente que surgía de la cavidad vecina, y que trepaba como un gato utilizando las más pequeñas rugosidades de la pared. Una vez estuvo allá arriba, nos lanzó el extremo de una cuerda que había amarrado a una columna estalagmítica. Fijamos en ella la cabeza de nuestra segunda escalera que él izó y fijó sólidamente en la misma columna, haciendo que pudiéramos trepar hasta la entrada de la primera galería superior. Ésta, unos metros más adelante, encontraba un ancho corredor horizontal cuya parte izquierda alcanzaba con bastante rapidez el fondo taponado de un corredor cuya salida se abría al exterior en una galería de Las Vacas, donde algunos bóvidos se refugiaban ocasionalmente. Observamos en ellas espesas capas eneolíticas en las que Obermaier efectuó algunos sondeos sin llegar a atravesarlas. Hacia su mitad, una bajada perpendicular a la derecha necesitaba el uso de una cuerda o de una escalera de unos cuatro metros. El coronel Verner no había aún visitado esta galería descendente, como tampoco un estrecho reducto enmascarado por una barrera transversal de coladas estalagmíticas y que estaba completamente atiborrado

de excelentes figuras de animales negros. Un poco más lejos se encontraba un verdadero lago a cuyo alrededor se acumulaban los trozos de numerosos grandes vasos sin adornos, seguramente fabricados allí mismo y cocidos con fuegos de paja o de hierbas, cuyo carbón teñía el suelo sobre un amplio espacio. Supongo que este punto de agua permanente había sido encontrado por los indígenas eneolíticos y que éstos habían fabricado en el mismo lugar estos enormes recipientes depositándolos quizá bajo las estalagmitas del salón que goteaban alrededor del lago en el que se acumulaban las aguas. Más allá las figuras se hacían más raras y, por lo general, pertenecían al estilo esquemático de la Edad del Cobre, pero todas en negro, al contrario de las de las numerosas rocas esquemáticas al aire libre de la región o de la España central. Una ancha sala final con bella decoración estalagmítica presenta, a unos pocos metros del gran abismo donde termina, y en el que los españoles descendieron después de mí, la bella representación de un gran pez de mar.

El trabajo en La Pileta se acabó el 18 de abril de 1912. Durante el mismo mes me dediqué a la búsqueda con el coronel Verner y ambos visitamos numerosas cuevas oscuras de la región sin resultados útiles: Las Motillas (Gaucín), Las Palomas (Alcalá de los Gazules), etcétera.

Del «Prefacio» del Abate en RIPOLL, *Breuil*, págs. 15-16. El de La Pileta era el primer descubrimiento de una cueva con arte paleolítico en el sur de España. La caverna rondeña obligaba a cuestionar la denominación «arte franco-cantábrico» que se daba al arte paleolítico. Para huir de la cuestión se consideró que se trataba de un *unicum*.

La monografía de la caverna apareció tres años más tarde: H. BREUIL, H. OBERMAIER y W. VERNER, *La Pileta à Benaoljan, Málaga (Espagne)*, Mónaco, Vve. A. Chêne, 1915, VIII + 68 págs., 26 figs. y XXII láminas.

El Abate incluyó La Pileta en su *Quatre cents siècles*, págs. 392-395, figs. 513-519. Al final del texto correspondiente escribe: «Es lamentable que ni uno ni otro lugar [*La Pileta y la Baume-Latronne-Gard*] hayan proporcionado documentos sobre el período de su frecuentación. Sólo por la comparación con los *macaroni* y otras figuras trazadas sobre arcilla con los dedos, se les puede atribuir una edad auriñaciense.»

Sobre aquella exploración y sus protagonistas, cf. RIPOLL, *Breuil*, págs. 106-109 (con la traducción de una carta de W. Verner al Abate fechada el 20 de noviembre de 1911). Otros escritos en: E. RIPOLL, «Abate H. Breuil y Coronel W. Verner: textos sobre la cueva de La Pileta», *Actas del Congreso Internacional*

«*El Estrecho de Gibraltar*», *Ceuta*, 1987, Madrid, UNED, 1988, t. I, págs. 173-181.

De nuestras visitas a la cueva andaluza, siempre atendidos por la familia Bullón, surgió nuestra opinión sobre la cronología de sus representaciones paleolíticas: E. RIPOLL PERELLÓ, «La cronología relativa del "Santuario" de la cueva de La Pileta y el arte solutrense», *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, Universidad, 1961-1962, págs. 739-751, 6 figuras. Como queda dicho el Abate postuló siempre una edad auriñaciense para representaciones de La Pileta. Nuestra teoría se apoya en las analogías con El Parpalló.

Cf. en este volumen: W. Verner (págs. 136-137); H. Obermaier (págs. 161-172); en Madrid, *in memoriam* (págs. 183-192); Occidente, patria del gran arte rupestre (págs. 320-340); nuestro arte de la Edad del Reno (págs. 340-351).